

VINT-I-TRESÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.024

AUTORA: MERCEDES DELGADO COLUCHO

OMM RAMSÉS

PSEUDÒNIM: BULBUL

Mi nombre es Bentreshyt, "Arpa de la alegría", hija de un soldado y una tendera, que vivió durante el reinado de Seti I. Mi progenitora falleció cuando yo tenía poco más de tres años en el parto de mi hermano Shakir, que también murió a las pocas semanas de su nacimiento. Desde bien pequeña supe lo que significaba la pérdida y el desarraigo, siempre escuchando con admiración lo que me explicaban de mi madre. Todas las personas la describían como una mujer de sonrisa dulce y de firme temperamento. Eso me influenció en todos mis momentos, hasta cuando me enfrentaba a mí misma ante el espejo, ese espejo que refleja las altas y bajas pasiones, ese espejo que no miente, ese espejo interior y verdadero que tenía la voluntad de proyectar a mi madre y que mis retinas vieran lo que en mi cabeza era un vago recuerdo.

Mi padre, a los tres años de la muerte de mi madre y mi hermano, al no poder ocuparse de mí, me entregó a Kan el-Sultán, un templo religioso dedicado a Isis en la ciudad de Abydos. Allá fui educada como futura sacerdotisa de Isis, ascendiendo a ese honor al cumplir los doce años. Me instruyeron en medicina y escritura, fue en la escuela de mujeres de Sais donde las madres divinas me enseñaron a cuidar enfermedades, a elaborar brebajes y a ayudar a las mujeres a dar vida. Siempre me dijeron que tenía una especial habilidad para la sanación de los males, para la cura del alma y el cuerpo.

A los quince años fui elegida como gran sacerdotisa de Isis. Para diferenciarme del resto de sacerdotisas, me vestía con la tradicional túnica de leopardo y con el tisú rojo, ellos me distinguían. Sobre mí se cernía una gran responsabilidad de la que siempre traté de ser digna.

Poseía el amargo don de la belleza, de ello fui consciente en cada una de las salidas del templo. Las miradas lascivas de hombres y mujeres se posaban en mí con frecuencia, cuestión que me molestaba profundamente y llevé mal en demasiados momentos. Entonces

era cuando con porte regio, recordaba que la gran sacerdotisa de Isis no solo era una figura³ importante en la sociedad de Abydos, sino también un símbolo viviente y palpable de las deidades, concretamente de mi venerada Isis, y como tal me debían respeto.

Siendo consciente de todo ello, de esos ojos y deseos que se posaban en mí, decidí adornar mi cuerpo con un tatuaje religioso en mi vientre, que ornamentaba toda la zona uterina. Eso me recordaba todos los días de mi vida que, a pesar de menstruar y existir la posibilidad de dar a luz, yo me debía al culto a Isis y a mi eterna castidad, no habiendo espacio para carnales deseos.

Tras muchos años dedicada en pleno a las curaciones, a procurar el bienestar de las demás sacerdotisas del templo y a venerar a mi adorada Isis, mis servicios fueron demandados por el faraón. Se me encomendaba una gran responsabilidad y era ayudar a dar vida a los hijos e hijas de Seti I.

Asistí los dos partos de la gran esposa real. Siempre supe que de aquel vientre jamás nacería un sucesor real sano, fuerte y esbelto. Utilicé con ella diferentes taburetes de nacimiento, invoqué en diferentes ritos a los dioses, coloqué en su tripa de embarazada las mejores compresas hechas con cañas, le rogué millones de veces a mi diosa Isis... pero los resultados siempre fueron estériles, nunca fueron esperanzadores. Dos varones gemelos de bajo peso que al mes de nacer murieron, tres embarazos que no llegaron a término y ella, la inteligente, alegre, pero frágil Tahirah.

Una tarde y en plena estación de lluvias, dos soldados del ejército del faraón Seti I vinieron en mi búsqueda. Tahirah, que contaba con dos años, cayó por las amplias escaleras del enorme palacio, convulsionando y perdiendo el habla y el conocimiento. Apresuradamente tomé mis utensilios y marché junto a los soldados a palacio.

Entré en la primera de las estancias, era allí donde se encontraba la pequeña Tahirah.

Aunque parecía como estar dulcemente dormida, la examiné temiéndome lo peor. El traumatismo, causado por la caída, había producido en la niña un coágulo de sangre en el encéfalo.

Cuando tuve la certeza de que mi diagnóstico era correcto, me dispuse a comunicar mis conclusiones a Seti I, el faraón. Sabía cuál era la única solución posible aunque al pensar en los riesgos me inundaba el temor. Todo me indicaba que la única salida para salvar a la pequeña era la trepanación.

Jamás había visto tan cerca al gran Seti I... su cuerpo fino, su cara ovalada, sus ojos almendrados, su perfil aniñado y su porte real, durante unos minutos se desmoronaron ante mí. Aún aturdido levantó su rostro y me dijo: “¡Bentreshyt, gran sacerdotisa de Isis, la vida de mi única hija deposito en ti!”.

En esos momentos sentí una gran presión entre mi cabeza y mi espalda, la responsabilidad de salvar a Tahirah caía sobre mis hombros y noté como las miradas de la corte real se posaban en mí con desconfianza. Sabía lo que pensaban y lo que les hacía dudar, y era que una mujer hubiera recibido tal encargo. Nadie entendía que el faraón hubiera asignado tal cuestión a una persona que no fuera un sabio y experto varón. Pero confiando en mí misma y huyendo de aquellas miradas, hice llamar a mi sacerdotisa más notable, Luba.

Después de mirarnos durante varios minutos en silencio, le expliqué a Luba al reto al cuál nos enfrentábamos, intentando ofrecerle toda la seguridad que pude a pesar de mis grandes miedos en ese momento. Preparamos todo lo necesario con nervios pero con decisión, le administré a Tahirah un brebaje sedante y minutos después empecé a practicar la trepanación. Retiré parte del hueso craneal mediante el trépano, escudriñé la masa del encéfalo y retiré con éxito el coágulo, siempre escoltada por mi querida Luba. Cerré, mientras invocaba, oraba y me encomendaba a mi diosa Isis.

Fueron eternas las horas de espera pero a la salida del sol Tahirah despertó. Como perdida, mareada y señalando malestar en la zona de la trepanación. Estudié a la pequeña nuevamente y observé que su organismo respondía con normalidad. Recomendé unos consejos a esclavos y sirvientes para el bienestar de la niña salvaguardar. Me apresuré a tranquilizar al faraón y a la gran esposa y junto a mi aprendiz nos dirigimos al templo de Isis a descansar.

Gran parte del día y la tarde las dediqué a dormir, la tensión me había resultado agotadora y parecía como exhausta. Cuando el sol se ocultaba, me tomé un baño con arcilla jabonosa, cenizas y sosa. Después humedecí mi piel con una mezcla de aceite de ricino, orégano y menta. Mientras lo hacía, tuve la extraña sensación de una presencia. De repente vi como una figura se acercaba a mí, la sorpresa solo me dejó distinguir una túnica blanca y una capa azul. Se aproximaba, le miré a la cara... era el gran Seti.

Avergonzada, solo pude balbucear y quedarme inmóvil. Él me miraba de forma insolente, fijamente y sin pestañear. Mi altivez habitual me abandonó, dejándome tan desprotegida como un pequeño ibis sin la protección de su dios.

Se acercó a mí y acarició con el anverso de su mano la piel de mi rostro, mi pecho y mis manos. Me tomó en sus brazos para poseerme suavemente, lo hizo durante toda la noche, solo descansábamos para refrescarnos. De hecho, desde aquel día, cada noche Seti me visitó.

A las pocas semanas fui consciente de que estaba embarazada... ¡Yo! ¡Qué había sido consagrada a Isis como virgen! ¡Aquella blasfemia solo podría ser penada con la muerte! ¡Yo! ¡No sabía como preservarme y preservar a Seti de un escándalo como este!

Después de comunicárselo al faraón huí a Tebas. Era consciente de la ira que generaría en Isis, de la vergüenza que era para las sacerdotisas del templo y de mi misma decepción.

Pero algo tenía claro, no me quitaría la vida antes de parir al fruto de mi amor.

En Tebas tuve a mi hijo, un varón sano y fuerte, al cuál entregué a la servidumbre del faraón.

Nada más entregarlo, tomé el brebaje que la vida me quitó.

En cualquier caso, para mí empezaba una nueva existencia, presentándome ante Osiris para que dictara sentencia sobre mi destino ultra-terrenal. Después de que Anubis contrapesase mi corazón con la pluma de la verdad de Maat, Toth registró el resultado en una tablilla. Horus me guió hasta los campos de Yaru, diciéndome al despedirse... ¡Le has dado la vida al más grande faraón de Egipto!

¡Mi nombre es Bentreshyt, la mujer a la que la historia ha negado, la que dio a luz al faraón más venerado, eternamente la madre del segundo Ramsés! ¡Yo soy Omm Ramsés!